

ENSAYO VISUAL



Entre el silencio y el ruido

Un recorrido por los Montes de María

Por Fernando Grisalez Blanco

Estudié Artes Plásticas en la Universidad Nacional de Colombia. Allí, los ejercicios creativos y experimentales se iniciaban con acercamientos plásticos que indagaban sobre la forma de habitar nuestro entorno personal, familiar, social y político.

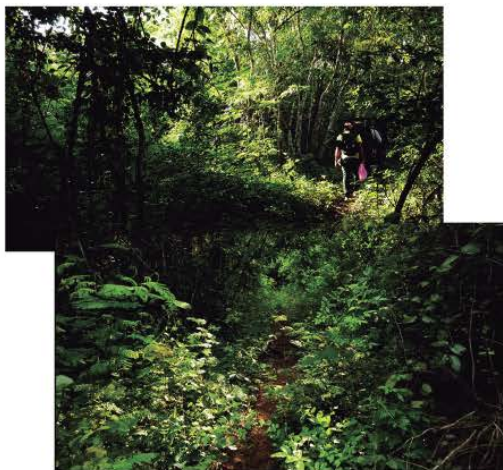
En ese momento dirigí mi mirada hacia el territorio campesino. Fue difícil en ese momento, pues no lograba producir una obra concreta, sino solo fragmentos sueltos de mis recuerdos de infancia, recuerdos de la finca donde nací y viví. Con el tiempo se hizo más fuerte mi interés por la cotidianidad y por las dificultades de vivir en una finca campesina.

Luego de graduarme de la universidad, mi interés se hizo más intenso. Empecé a buscar la manera de orientar esa pulsión por el campo a través de procesos de creación artística.



Llevo más de quince años trabajando con el artista Juan Manuel Echavarría. Esta experiencia me permitió conocer y viajar por lugares desconocidos y difíciles de la Colombia campesina. Logré ver distintas cotidianidades, muy similares a las que había vivido de niño en el Departamento del Tolima.

Pasé muchos años sin saber que en Colombia existe una zona montañosa ubicada en el norte del país, en los departamentos de Bolívar y Sucre, a la que llaman los Montes de María. En marzo de 2010 nos invitaron a conocer el pueblo abandonado de Mampuján. En esa ocasión la población conmemoraba diez años de su desplazamiento forzado por el grupo paramilitar “Héroes de los Montes de María”.



Allí tuvimos la oportunidad de conocer la escuela del pueblo, también abandonada por la violencia. Tomamos dos fotos de sus tableros ya desteñidos por el sol y el agua. Esos tableros encapsulaban toda la violencia de ese desplazamiento, de las muertes que allí acontecieron.



Poco tiempo después de este viaje, junto a Juan Manuel iniciamos la búsqueda de otras escuelas abandonadas por la violencia en las distintas veredas, poblaciones y caseríos de los Montes de María. De esta experiencia surgió la obra *Silencios* (2010-2023).



Más que una obra, se trataba para mí de un proceso creativo de investigación desde el arte, el cual me ayudó a entender y tramitar el vacío que había dejado atrás en mi infancia al mudarme a vivir a Bogotá.



Silencios es una ‘obra de arte’ en un sentido muy amplio; una ‘obra’ creada en un proceso casi interminable.

Se trata de un conjunto de imágenes, mediadas por dos artistas, producidas con el propósito de darle sentido a unas ruinas que, en algún momento, fueron escuelas rurales en funcionamiento, y que hoy encontramos aisladas, destruidas, olvidadas ... casi ilegibles desde nuestra distancia.

Aunque las imágenes finales parecen ser lo central, Silencios alude más bien a una práctica. En ese sentido, se acerca a los procesos contemporáneos del arte. Fue posible gracias a un largo periodo de tiempo, tanto de exploración como de investigación, que nos llevó a comprender de manera directa las dinámicas históricas de una región que ha sido afectada por diferentes grupos armados. Allí, según el informe del Centro Nacional de Memoria Histórica, se realizaron 42 masacres que dejaron 354 víctimas fatales. Masacres como las de El Salado, Chengue, Las Brisas, Las Palmas, Bajo Grande, entre muchas otras. Masacres que destruyeron los tejidos sociales y culturales en los que se sostenía la vida digna y cotidiana de nuestros campesinos; que los condenaron al destierro y llevaron a la desaparición a pueblos y veredas enteras.



Muy pronto en el proceso vimos la necesidad de contar con guías. Campesinos y excombatientes que conocen el territorio como la palma de su mano, que saben cuáles son los medios de transporte adecuados y nos orientan bien sea en medio de la vegetación espesa, húmeda y tropical de la alta montaña, o por los polvorientos caminos de la zona baja, seca, espinosa e inhóspita, llena de cactus, conocida como Las Aromeras.



Las imágenes nos permiten ahora ver nuestros propios pasos por estos caminos y trochas. Caminos que, a pie limpio, el campesino horadó; caminos de los niños, caminos de las profesoras, y los caminos aún más ruidosos por donde las botas militares de los grupos armados interrumpieron con sus pisadas el silencio de la región. Botas que borrarón las huellas dejadas por años de caminar y transportar el ñame, el maíz la yuca, el tabaco, la leche, las frutas y todos los productos de los Montes de María.

Con el tiempo, y con la ayuda de la tecnología, logramos capturar una mirada más profunda y distante de esos paisajes. Usamos drones, GPS, cámaras de video y micrófonos que expanden y amplifican nuestros sentidos y nos muestran que aun en el silencio cotidiano, se escuchan coros y pequeños ruidos de la naturaleza.

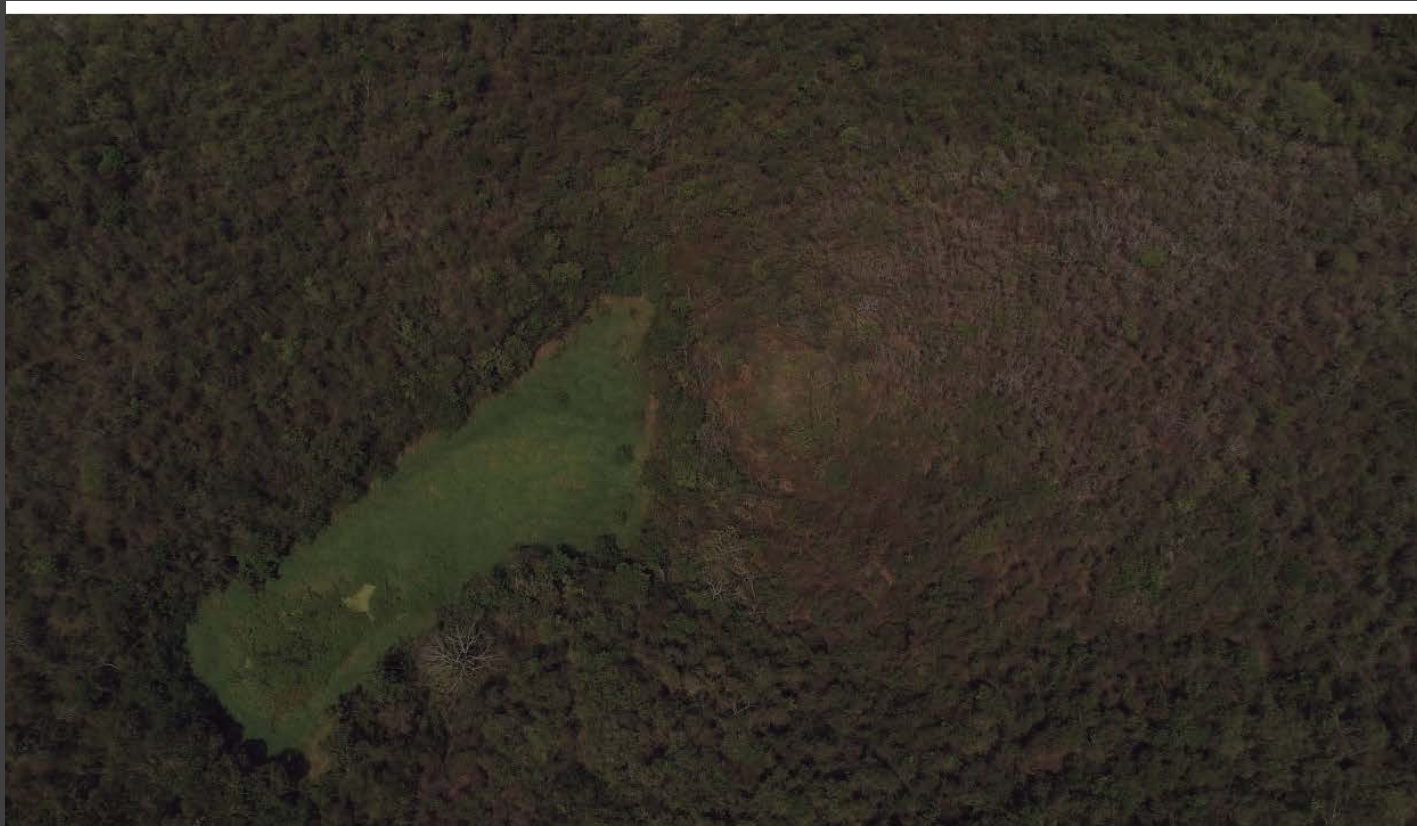




Todo este conocimiento fue ofrecido a dos simples artistas que, con dificultad, pero con un interés genuino, recorrimos lugares tan distintos a nuestra cotidianidad en la ciudad.



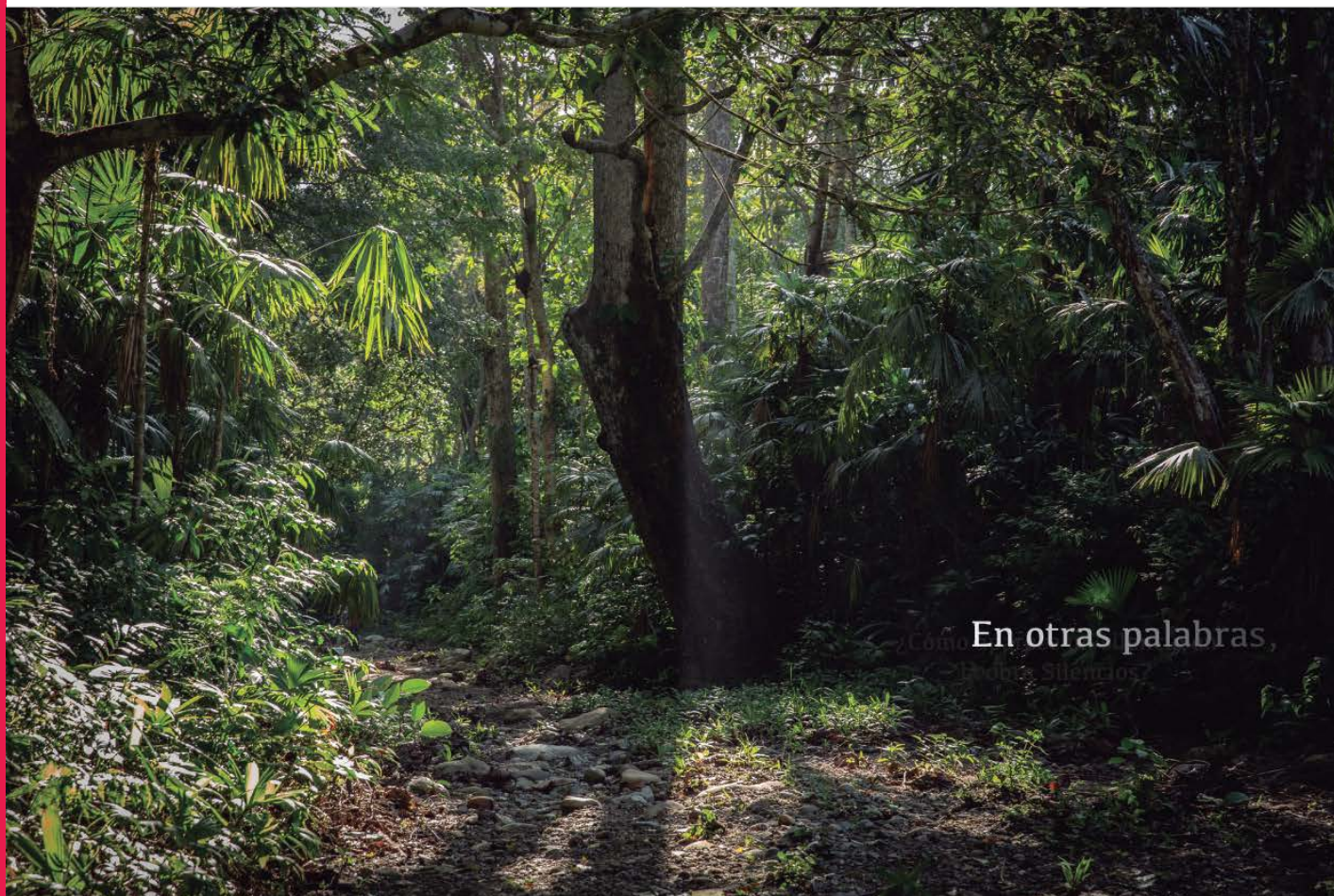
Todas estas huellas, todos estos registros me han permitido entender el significado del arte como práctica.



El territorio suena. Un territorio que por décadas han intentado silenciar con la violencia.

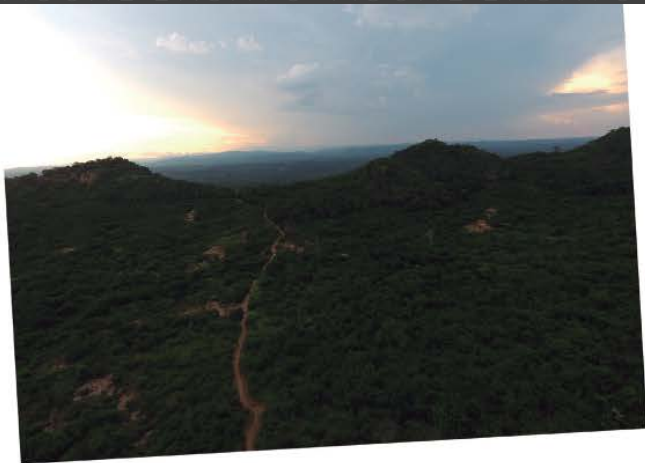
¿Qué significa el silencio en todo este contexto?

¿Cómo aparece un silencio en la obra Silencios?



En otras palabras,

¿cómo aparece un silencio en medio de toda esta experiencia llena de ruido, de recorridos accidentados, de relatos de la violencia más cruel, pero también más cotidiana?



Dentro de los viajes, siempre tratábamos de escuchar con atención: las historias de nos contaban los guías o los campesinos que encontrábamos por azar en los caminos, o los sonidos de la naturaleza. Intentábamos siempre captar la espacialidad del lugar a través de su atmósfera sonora. Aquella que rodeaba al silencio de los tableros destruidos y abandonados.



Junto a Juan Manuel Echavarría hemos logrado descubrir más de 160 escuelas rurales abandonadas.



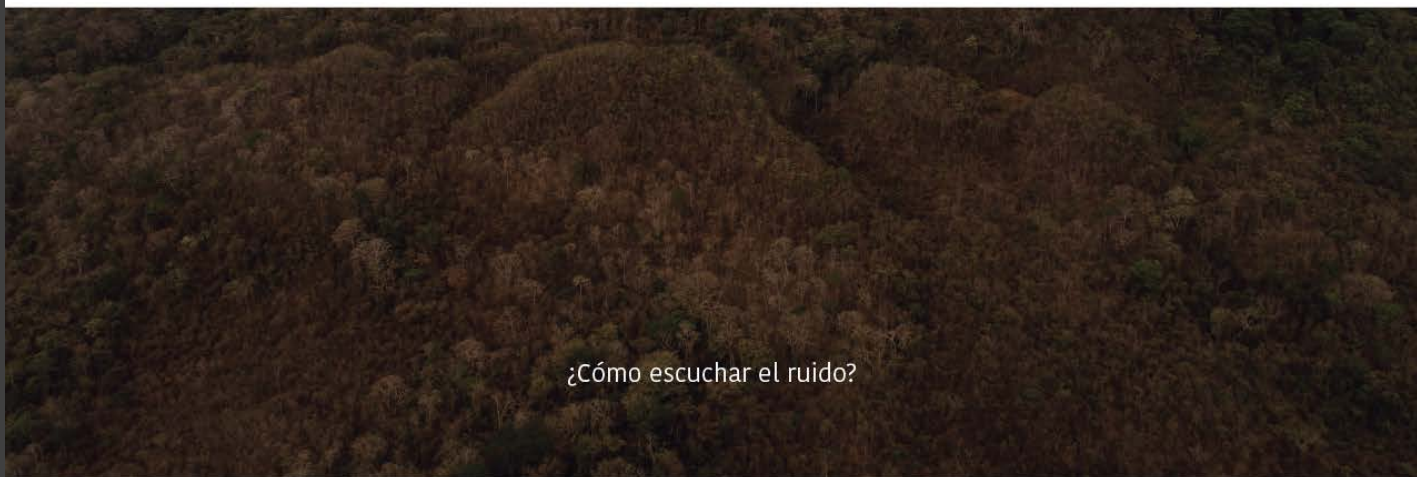


Al llegar a una escuela, y luego de pedir permiso a los habitantes de la zona o a los campesinos que hoy viven en ellas, instalábamos la cámara y nos dedicábamos a tomar fotografías desde diferentes ángulos y con distintas exposiciones. Allí, todo nuestro esfuerzo estaba orientado a producir un acto de intimidad y escucha frente al tablero abandonado.





El tablero es el silencio. Encarna el silencio de los niños que ya no están.



¿Cómo escuchar el ruido?



Casi tan fuerte como el impulso a lograr la imagen adecuada del tablero abandonado, nació en mí la necesidad de fotografiar las cocinas de esas casas que visitábamos en el camino: sus estufas, sus trastos, sus ollas, sus camas, su ropa desteñida por el sol y el uso.

Aún hoy no es del todo claro para mí por qué lo hacía, pero sé que ese gesto de fotografiar esos lugares se convertía para mí en otro acto de intimidad y escucha. Ya no frente al tablero abandonado, sino frente a una acción tan cotidiana, y aparentemente banal, como cocinar o cultivar.



Mientras Juan Manuel registra sus impresiones escribiendo, yo tomé fotografías. Él, muy juicioso en medio del calor y el ruido, logra escribir en sus diarios y darle forma a su experiencia. Yo me disperso y registro paisajes, caminos, casas y personas.





Esas imágenes hacen parte de un gran archivo visual y sonoro que aquí comparto. Un archivo que, intuyo, en algún momento podré organizar, clasificar y mostrar de un modo ordenado con el fin de darle la legibilidad adecuada a nuestras vivencias y a las historias de violencia y abandono que encontramos.

Este archivo enorme de trece años de viajes, tan fragmentado, incompleto, con errores, es, tal vez, todo lo contrario a los Silencios: imágenes terminadas, bien compuestas, únicas. Opuesto, también, al silencio de la obra Silencios. Es un archivo ruidoso, caótico, múltiple. Y eso es, precisamente lo que me interesa mostrar: las imágenes que hablan, que gritan de una experiencia de lo cotidiano, de aquello que rodea al silencio y que, tal vez, hablan desde el ruido. Desde ese ruido sin el que sería imposible escuchar el silencio.



Hasta hoy me pregunto: ¿cómo podría organizar estas imágenes para que me permitan darle la legibilidad a la memoria y a la experiencia de este proceso creativo? ¿Cómo organizarlas, incluso en su dispersión, para que compongan una nueva memoria?





Debemos ser pacientes... darle a las imágenes la duración necesaria, incluso aburrirse con ellas. Ordenar y desordenar. Cambiar su orden, mezclar y volver a empezar.

